

# **SANGRE PASIEGA**

## **FULGOR Y MUERTE DEL MARUYO**

**Javier Tazón Ruescas**



TÍTULO: *Sangre pasiega. Fulgor y muerte del Maruyo*  
AUTOR: Javier Tazón Ruescas  
COORDINADOR EDITORIAL: Ramón Villegas López

© De los textos: Javier Tazón Ruescas, 2019  
© De la edición: Librucos / Ramón Villegas López, 2019

EDICIÓN: Librucos / Ramón Villegas López / [www.librucos.com](http://www.librucos.com)

DISEÑO DE LA PORTADA: Quálea Editorial, S.L.  
IMAGEN DE PORTADA: © nyiragongo / Fotolia  
MAQUETACIÓN INTERIOR: Quálea Editorial, S.L.  
IMPRESIÓN: Printhauss (Bilbao)

DISTRIBUCIÓN: Cantabria Tradicional Distribución (Torrelavega)  
Teléf: 942 086 406  
E-mail: [rvillegaslibros@gmail.com](mailto:rvillegaslibros@gmail.com)

EN INTERNET: [www.cantabriatradicionaldistribucion.com](http://www.cantabriatradicionaldistribucion.com)  
(web de la distribuidora)  
[www.temasdecantabria.com](http://www.temasdecantabria.com) (librería online)  
[www.librucos.com](http://www.librucos.com) (web de la editorial)

1.ª edición, abril de 2019

ISBN: 978-84-120225-3-7  
Depósito legal: SA-284-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*A todos los pasiegos que han hecho girar al mundo  
con sus incansables pasos. A toda una raza, arteria  
aorta de la estirpe cántabra.*

*A María del Pilar (Mapi) y a Manuel Antonio  
Tazón Ruescas, que leen con cariño todas las novelas  
que escribe su hermano pequeño.*



«En la bella Verona, donde situamos nuestra escena, dos familias, iguales una y otra en abolengo, impulsadas por antiguos rencores, desencadenan nuevos disturbios, en los que la sangre ciudadana tiñe ciudadanas manos».

SHAKESPEARE. *La tragedia de Romeo y Julieta*.

«Advertimos que cuando vemos a través del tiempo aquello que juzgamos en su día como muy importante, se disipa su carácter sensacional y que, al convertirse en un hecho histórico que pasará a monografías y manuales, ha perdido todo su interés vivo. Por esa causa, quizá, la historia, cuando no es inventada no suele ser divertida».

FRANCISCO DE COSSÍO. *Confesiones. Mi familia, mis amigos y mi época*.

«Los pasiegos poseen un rango tan típico y castizo que acusa marcados contrastes con la anatomía psicológica de los demás pobladores de Cantabria».

ADRIANO GARCÍA-LOMAS. *Los pasiegos. Estudio crítico, etnográfico y pintoresco*.



# 1

EL ASESINO CRUZA la Avenida de Mayo. Abrigo negro hasta las rodillas, zapatos negros, sombrero negro de ala ancha, mirada oscura.

El rótulo hipnótico del Café Tortoni lo llama. Un carruaje ha de detenerse para no atropellarlo. Un vehículo mecánico, de los que alcanzan la inaudita velocidad de veinte kilómetros por hora, toca la bocina.

Ha estudiado, meticoloso, los movimientos de su víctima; no puede fallar esta vez. Se lo encontrará en el interior, como espera, hacia la mitad de la pared derecha, sentado con las dos en una mesa redonda: la respetable dama y la niña que no pasa de ocho años. Lo siente por esta, pues verá lo que no debería contemplar jamás, aunque no por la otra, que merecería también un par de tiros por haber comprado al tribunal, a los testigos, y al jurado.

El toldo está echado. Sólo hay un cliente sentado en una mesa del exterior. Es temprano. Una nube oscurece el sol. Dentro, la penumbra será mayor. El establecimiento estará casi vacío. Es la mejor hora para acabar con un desalmado. No es mala la suerte del que mató a su padre: morirá en un lugar famoso y cálido, mientras que este cayó en la orilla anónima y fría del río Miera, en la lejana Montaña, al otro lado del mar, aunque, ¿qué más dará el lugar cuando se apaga por fin la luz?

Quizá frente a la mesa del Maruyo hayan ocupado ya sus asientos los contertulios de prestigio con los que el desgraciado

empieza a congeniar; siempre tuvo un carácter muy abierto, el muy falso. Es la décima vez que su víctima entra en aquel hermoso antro oscuro, lleva bien la cuenta, son muchas horas las empleadas en estudiar sus movimientos. Casi cada mes acuden a aquella cita de chocolate, risa y limonadas, ¿será para que el padre vea a su hija natural? Los desvergonzados y locos amantes frecuentan a diario un lujoso ático a plena luz, sin importarles mucho que todo Buenos Aires conozca tan oscura relación... ¡Adúlteros!...

Pero no, frenará su ira y acabará sólo con el Maruyo, el asesino de su padre. Lejos ha quedado el recuerdo de los anteriores atentados: el de La Habana, el de Veracruz, los de Miami, el de Maracaibo, y el primero, en el que más se arriesgó, en aquella cafetería del bulevar santanderino, no muy lejos de donde se lo absolviera, todos ellos ejecutados a plena luz del sol, todos fallidos.

En este amable rincón de Argentina, sin embargo, se siente segura esa serpiente escurridiza que ha venido a matar: estará desprevenida. Amadeo, el hijo del Secadía, cazador de lobos en los montes cantábricos, sabe que el mejor momento para caer sobre la pieza es cuando esta se considera a salvo; sabe que para el perseguido, un celemín de seguridad pesa más que una arroba de incertidumbre y destemplanza, que las desazones de la persecución se acallan cuando la pieza logra esconderse en una cueva, en una cabaña o cuando, con los ojos cerrados, oculta la cabeza entre los pechos de la amada; entonces se le debe golpear, en el instante mismo en que para y descansa. Eso dice la negra ley de la caza, y la bíblica de la venganza obliga a acabar hasta con la cuarta generación.

Allí encontrará también a la hija de su enemigo, y a la amante que lo salvó de la justicia humana, ¿acaso no guarda en el tambor de su pistola varias raciones de muerte?... No, él no es un carnicero, sólo un hijo obligado por la memoria del padre

asesinado. Ha recorrido medio mundo disparando contra el odiado Maruyo, nadie puede pedirle más. En la entrada a punto ha estado de tropezar con el camarero que, bandeja en ristre y servilleta en el antebrazo, sale para atender al cliente de la terraza.

Debe calmarse, concentrarse, fijar en su mente la imagen de aquel canalla, como ha hecho cada noche durante nueve años antes de dormirse, como hace cada mañana en la media luz de la madrugada, antes de levantarse; su retrato está siempre presente en la cabecera de la cama como el de una amante y, bajo la almohada aguarda el revólver siempre cargado. Ahora ha de evocar la archiconocida imagen en su mente, clavarla con chinchetas en la niña de los ojos, esconderla en el negro cañón de la pistola. Pensar demasiado le genera inseguridad, y esta vez no debe fallar. La mano derecha, oculta en el bolsillo, palpa las frías cachas del arma y percibe el hielo del cañón que pronto alcanzará la incandescencia.

Ya ha llegado. Empuja la lujosa puerta batiente. Permanece un tiempo en el umbral del establecimiento para acostumbrarse a la oscuridad interior. La atmósfera es sombría pero cálida, el olor a café lo asalta con recuerdos de infancia, de amaneceres y atardeceres a media luz; las tonalidades apagadas de la decoración parecen poco propicias para un crimen...

¡Allí están!, ya los distingue, en el lugar previsto. No han llegado aún los literatos; mejor así, menos testigos.

El asesino se sienta justo frente a ellos quienes parece que disfrutan de una animada conversación. La niña escucha embelesada al hombre y está a punto de mancharse con una gota rebelde de su taza de chocolate; la madre la regaña con dulzura para que preste atención a lo que hace y acaricia al tiempo su cabeza pequeña adornada con dos coletas de pelo castaño.

Él cuenta alguna historieta, seguro que mentira de Simbad. Por debajo de la mesa, distingue Amadeo cómo se entrelazan las

manos del hombre y de la mujer. Pese a que se ha dejado crecer una densa barba, se cala el sombrero para no ser reconocido. La sombra del ala oscurece aún más su turbia faz. La víctima lo mira indiferente y sigue con su historia. ¡Qué invisible es la muerte verdadera, la que se agazapa en las tinieblas, la no prevista, la que llega de golpe, la auténtica!

El Maruyo mueve los brazos, como dibujando barcos sacados de las tinieblas para acompañar la florida narración, como para subrayar sus gestos ampulosos, sin saber que se exhibe ante la muerte, quien ya lo mira desde sus negras cuencas, acomodada al lado del asesino, sujeta con fuerza la guadaña afilada, el dalle, como se dice en su lejana tierra umbría.

La mujer ríe; los ojos enormes de la niña, que advierten de una belleza precoz, admiran al narrador; la entreabierto boca de esta bebe la historieta líquida que mana de la del Maruyo. Al fondo se escucha tintineo de vasos y botellas; más adentro aún, la algarabía mesurada del reservado para el juego de billar.

El mango de la pistola empieza a estar caliente. Suda la mano ejecutora. ¡Que no se resbale! Las sienes pistoleras palpitan chillonas, como en los demás atentados, pero esta vez Amadeo no les hará caso, una milésima de duda bastaría para desbaratar en el último instante el mejor de los planes. En las otras ocasiones la luz del día fue su maldita socia, pero esta vez manda la penumbra, nueva aliada, y no fallará. ¡Ah, si hubiera sido un asesino profesional y frío, un alma negra como aquella rata a la que ahora debe ejecutar!

Amartilla el arma en el mismo bolsillo. Sólo él escucha el atronador sonido de carraca. Es la señal que ha acordado consigo mismo. Huyen evaporados por el calor de la decisión todos los pensamientos y consideraciones superfluas. Se levanta de un salto. La endeble mesa redonda donde le han servido una copa cae de golpe. Tal torpeza no estaba prevista. La víctima deja de hablar y lo mira, los brazos aún levantados,

quizá para mostrar a la pequeña la esfera redonda de una dorada y gigantesca máscara ceremonial azteca abandonada por un pirata en una isla.

A la mujer se le ha caído la taza de la mano al ver el arma negra que les amenaza. La niña, inconsciente, ríe y ríe por lo que acaba de contar el hombre, que un monito robó de las manos del pirata la joya y que este quedó con cara de bobo. Amadeo piensa, desde algún rincón de su mente no anegado aún por la decisión homicida, que la pequeña se podría atragantar con el chocolate a causa de tanta risa.

Apunta a la cabeza del Maruyo.

Se entrecruzan las miradas. «¡Por fin!», piensa el asesino, «te tocó morir». «¡Por fin!», piensa la víctima, esta vez sí, el cazador estaba agazapado en la sombra, ¿cómo no se dio cuenta?, y se admira de no sentir nada especial, ni asiste al desfile instantáneo de toda su vida por la mente, ni es atormentado por la preocupación de los que deja, ni experimenta pesar por la existencia que se acaba, ni pánico por la muerte que llega. Nada.

Un destello de fotógrafo ilumina la oscuridad por un instante. Atruenan un estallido opaco. Nace un limpio agujero de bordes negros en la frente, humeante, del Maruyo. Cae su cabeza sobre la mesa. La jarra de chocolate brinca y, en el suelo, se quiebra con estrépito. La chiquilla aún ríe.

El amplio frente de un glaciar sanguinolento, rojo casi negro, avanza por la mesa espesa y llega caudaloso al borde donde la pretina metálica no lo puede contener y, al desbordarse, oscurece el vestidito blanco de lacitos verdes y amarillos. Los ojos del Maruyo, aquel hombre que años después se enterará de que era su padre, quedan abiertos sobre la mesa, mirando con fijeza midriática y a los suyos de mariposa, como preguntando desde la oscuridad ciega si cree la historia que le acaba de contar. Y entonces la pequeña se vuelve hacia el asesino y la ve...

Ve la mirada apagada que el hombre le dirige, la mirada de ojos fríos, posesorios como los de un chacal, de esos de que hablan los jinetes en sus gaucherías nocturnas, y ve también cómo la mira el aura negra y humeante del arma que apunta a su frente. Mapi cierra los ojos. Cuando los abre, el hombre ya no está allí.

La madre grita manchadas las manos de sangre, el pelo de sangre, la cara de sangre oscura, pegajosa, indeleble. ¿La habrán herido también? La niña escucha alaridos, silbatos en el exterior, el aullar de la moderna cafetera italiana que ha decidido sumarse a la algarabía macabra soltando todo el vapor de sus entrañas.

Mira hacia la puerta aún bateante, luego al muerto, luego a la araña de mil brazos que, colgando del techo, ha alumbrado, entre tenebrosos destellos, el rincón fatal del Café Tortoni de Buenos Aires, donde se ha cometido el crimen.

¿La habrán matado también a ella, a Mapi, a la niña que ríe y se mancha los labios con chocolate?

A continuación, la oscuridad y el silencio.